

ESPAÑA LE GUSTARIA INTERPRETAR?

GARCIA BARO

nuestros medios progresan a ojos vistas, conviene recordar como un tesoro y una deuda a esa Historia de España que nos empuja irremisiblemente hacia cosas difíciles y grandes.

En torno a la media docena de respuestas que recogemos aquí, el espíritu menos avispado descubriría estupendos filones cinematográficos: epopeyas, tipos, épocas: latidos de España. Nuestro propósito ha sido remover todo ello al calor de un reportaje que parece intrascendente; pero en el fondo y alrededor de él se abre todo un mundo casi inédito para la pantalla, en espera de exploradores y conquistadores. Como antaño.

Antoñita Colomé

Donde menos suponéis está la actriz. En pleno Circo de Price, entre muchos músicos y ningún titiritero ni augusto. ¿Que por qué? Veréis: el local viene pintiparado al caso por sus condiciones acústicas y de espacio: está preparándose música en conserva —un «play-back»... para que lo entendáis mejor— de la película sobre la vida del Padre Manjón, recién comenzada.

Antoñita—travesura viva—se incluye por fin en la terrible disciplina musical y dice con gran finura:

«La princesa está llorando en su ciudad de León.
¡Cómo doblan las campanas a muerto en mi corazón!

Si no lloramos, algo nos enternecen estos delicados compases del maestro Alonso, de saborcillo medieval. Antoñita nos consuela cuando viene a explicarnos, con su particular gracejo, que ella canta eso haciendo de maestra y teniendo por fondo un coro de alumnas; el alto fin de la película se entrevé... Pero hemos venido aquí a preguntar y lo hacemos a boca de jarro. La contestación es otro disparo, de rápida:

—Pues yo, «La reina Mercedes». ¿Que por qué? Pues porque sí, porque era una reina con gracia, buena y simpática, y todo eso, y la quería mucho la gente.

—Bien, Antoñita; pero en un papel así tendrías que ponerte a veces muy seria, y tú eres el otro polo.

—¡Sí, hijo, sí! Pero cuando yo digo «allá va», es que va. ¡Digol! Porque ustedes no me habéis visto morir en «El frente de los suspiros», que estaban ya todos en el Estudio sacando los pañuelos, y cuando yo hice como que me «engonipaba» y...

—¿Cómo?—exclamamos asustados.

—¡Bueno! ¿Cómo se dice...? Eso, que me atragantaba, porque me estaba muriendo a chorros...

—Pero la llaman a cantar nuevamente, y escapa de los que la rodeamos. Aún le queda tiempo para gritar de lejos:

—¡Era «mu grasiosa» aquella reina pelando la pava en la ventana...!

Rosina Mendia

Al preparar nuestra entrevista con la actriz que en «Raza» mereció el supremo galardón por su trabajo interpretativo, todo naturalidad y buen hacer, conocimos su indudable preferencia por la Santa de Avila y ya entonces insinuamos traviesamente «que estaba pedida la vez» para ella, como si nos fuera lícito, por variar más la encuesta, torcer su libre inclinación.

Pero al encontrarnos ya esperándola en una salita de su casa colgada de paisajes pintados por su mano y junto a la librería en que campea una lujosa edición de obras completas de nuestra gloriosa monja, nos invadió con urgencia un arrepentimiento que no pudimos desechar hasta vernos frente a Rosina.

—Habíamos pecado—casi llegamos a decirle—. Sinceridad queremos y sinceridad esperan quienes nos leen.

—¿Y «la pobre», que ante nuestra alarma por la figura repetida ya había imaginado varias otras igualmente señeras, deja notar su complacencia por poder decir lo que quería. Que era esto:

—Yo prefiero interpretar a Teresa de Jesús porque me parece mujer excepcional y españolísima que une a su gloria de maravilla de nuestras letras la de directora de espíritus y reformadora de conventos.

—¿Y crees que el cine podría acertar con la versión afortunada?

—Creo que sí, si se cala bien toda su personalidad. Porque hay en Santa Teresa, en medio de todas las virtudes de la raza, una gran imaginación poética y una enorme fuerza de abstracción y ensueño; pero acaso lo que más me encanta—y es lo que debiera buscar y encontrar

la cámara—es esa sencillez y naturalidad de su vida que campea en su obra literaria.

—¿Entonces sientes plenamente el personaje?

—Sí—contesta—, y creo que si le encarnara haría «mi película», «mi gran éxito».

Conchita Montenegro

La protagonista de «Boda en el Infierno» y de tantas otras películas que le dieron la fama mundial que exactamente merece, después de oírnos con atención recapacita un momento antes de contestarnos y luego explica decididamente por qué reviviría en el cine a «Isabel la Católica».

—En primer lugar, porque es la figura femenina más grande de nuestra Historia, y en segundo, porque es tal el cúmulo de cosas que suceden en su reinado, que creo se presta a hacer una extraordinaria película. Desde que lei el libro de Walsh, senti la gran ilusión de encarnar la figura de la Reina Isabel. Insisto, además, en que de su vida, desde la Corte de Enrique IV hasta su muerte, sobrevinida en pleno éxito nacional e histórico, puede sacarse una gran película que España tiene obligación de hacer para recuerdo y ejemplo.

Conchita, en efecto, ha dado en el quid. Traer la figura de Isabel al celuloide es la preocupación elemental y archisabida de un primer intento de cine nacional. Pero ella, que sabe lo fácil que es pensar esto, tiene la sinceridad de repetirlo y el gran mérito de señalarnos los peligros. Porque a base de Isabel la Católica debe hacerse una película de grandes alicentos; pero no puede intentarse una empresa modesta, pobretona. ¡O todo y bien, o nada!

